



Buenos Aires, abril de 2019

Circular Nº 592

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Claudio González.

***“Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo:
¿Quieres ser sano?” (Juan 5:6)***

Este texto que hemos leído es la historia de un hombre que hacía 38 años que tenía una dificultad que le impedía caminar, ponerse de pie, había una parálisis en su cuerpo. Y estaba en un lugar del que se decía que cuando un ángel movía o agitaba las aguas, aquel que primero descendía al estanque se curaba. Esto no está comprobado que fuera así, pero era la creencia de ese entonces. Hoy por cosas similares también algunos en su fe hacen kilómetros por llegar a un lugar buscando algo similar. No obstante, como dice Sirach, ni ungüento ni emplasto lo curó, solo tu palabra que todo lo puede. No tenemos que ir a ningún lado para ser curados de una afección espiritual, lo único que tenemos hacer es venir con confianza y fe a la casa de Dios. Creer, confiar y orar profundamente. El Señor, que venció todo, nos puede curar todo. Hay detalles físicos, y algunos psíquicos que nos curan los médicos, pero para las enfermedades del alma, para esos dolores que te hacen sentir solo e incomprendido, las herramientas están en la casa de Dios. Tenemos que buscar al Señor y lo hallaremos. Porque el que busca encuentra, dijo el Señor. No es que quien va en busca del Señor tendrá una búsqueda infructuosa. Lo va a encontrar, porque el que lo dijo fue Él. Y a veces lo único que hace falta es buscarlo a través de una oración.

El Señor nos va a dar la libertad a todos de querer ser sanos y poder encontrarle. Ese es nuestro trabajo, es nuestra tarea, pero es un bendecido trabajo, porque buscando a Dios, buscando la gracia, encontramos todo. Como dice aquel himno, “si en mí no fuera tu gracia”, ¿dónde estaríamos? ¿En qué lugar? Cuando me encuentro con Dios en la oración, me encuentro en el lugar donde Él me bendice. Y cuando me encuentro en la casa de Dios, con su palabra y el Sacramento me encuentro también en el lugar donde Él me bendice. Esta es nuestra certeza.

Relata el pasaje bíblico: *“...hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos. En éstos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y parálíticos, que esperaban el movimiento del agua. Porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque, y agitaba el agua; y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese. Y había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo: ¿Quieres ser sano?” (Juan 5:2-6)*

Hasta aquí es una historia bastante conocida. Este hombre hacía 38 años que estaba enfermo. Iba a buscar alguna posibilidad que hasta ahora no venía encontrando. Y se encontró con el Señor. Pero era necesaria primero la fe, después la curación. Sin fe es imposible. Y la fe viene por el oír de la palabra. Todo este circuito, hermoso y maravilloso viene de Dios, de aquel que nos dio su gracia. Acá hay una pregunta: ¿Quieres ser sano? Primeramente podríamos pensar: ¿Quién no quisiera curarse después de tanto tiempo? La respuesta creo que tenía que ser sí, en forma afirmativa.



“Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo.” (Juan 5:7)

Nadie lo iba a ayudar, porque todos estaban por lo mismo. Lo que más me llama la atención es que no había ningún sacerdote. Aquí yacían los enfermos, estaban tan cerca, pero tan lejos. Para esta ayuda, para esta necesidad se requería la ayuda de otro. Hay un pasaje más tarde donde Jesús observa cómo los amigos de una persona impedida de caminar lo llevaron, lo pasaron por el techo y lo bajaron hasta donde Él estaba. Porque ese hombre solo no lo podía hacer.

A veces para curarnos necesitamos la ayuda. Este hombre en ese lugar no la iba a encontrar, no la iba a tener. Jesús le dice tres cosas que él no podía hacer. En cierta manera “lo saca del eje”, porque le dice: “Levántate, toma tu lecho, y anda”. Para él era difícil, no solamente ponerse de pie sino cargar un peso, después de tanto tiempo iba a ser difícil. Sin embargo, este hombre lo hace y se va.

Era además un día de reposo, un día sábado. Por eso cuando lo vieron caminar con el lecho pensaron que estaba trabajando, que estaba haciendo alguna mudanza. Entonces le dijeron: ¿Cómo es que estás haciendo esto? El que no cumplía la ley en esa época se asustaba porque era perseguido. Este hombre que se había curado, le echa la culpa a Jesús. Porque dice (en Juan 5:11) “Él les respondió: El que me sanó, él mismo me dijo: Toma tu lecho y anda”. Qué rápidos que somos cuando nos sentimos amenazados. Como “La serpiente me engañó”, “la mujer que tú me diste”, ¡qué rápido pasamos a otra escena! Cuánto nos cuesta asumir nuestra responsabilidad...

Pero, en definitiva, la ayuda para este hombre que necesitaba era como la de ese otro que tenía amigos y que lo pudieron cargar. Evidentemente este no tuvo a nadie al lado que lo pudiera ayudar, fue el Señor el que se acercó. ¿Cuántas veces debemos analizar, en nuestra propia vida, con esta historia, cuánto tiempo hace que estamos llevando alguna carga que nos paraliza? Y tal vez el Señor te ha hablado ya tantas veces, te ha enviado algún siervo para que de alguna manera te indique qué es lo que tenés que hacer, para ayudarte a bajar y ser curado de eso que te paraliza y, sin embargo, no aceptamos esa ayuda porque esperamos otra cosa. Hay signos, síntomas para saber que hay alguna parálisis en nuestra vida espiritual.

Como la fe hay que vivirla y disfrutarla, nos damos cuenta de que hay algún tipo de parálisis espiritual cuando pierdo la alegría. Cuando hablamos de fe no podemos dejar la alegría, porque la fe es eso, es un impulso como la alegría. Es el combustible que mueve a una persona para hacer algo. ¿Tenemos gozo, estamos felices, estamos contentos, nos sentimos dichosos, bienaventurados porque somos humildes, porque lloramos, porque tenemos misericordia? ¿O hemos perdido esa alegría por alguna razón? Es el Señor el que hoy se acerca a ti y a mí, y nos dice: ¿Quieres ser sano? En este instante, soy yo ese actor, el paralítico y se está acercando el Señor porque sabe que si no, nadie me puede ayudar. Porque, ¿quién va a comprender lo que me sucedió o lo que me sucede? Que me paraliza el pensamiento, me agobia el corazón. Tengo una tribulación y no puedo salir de ella. Es el Señor el que ahora te dice y me dice: ¿quierés ser sano? Estoy acá, levántate, por favor, ¡salí de tu lugar, de donde estás! Tomá tu cruz, tomá tu lecho, tomá tu situación. Yo pelearé junto a ti, no te voy a dejar solo, te voy a dar las fuerzas para que la puedas llevar. Pero andá, caminá, continuá en el seguimiento y con alegría. Porque no pasa por el dinero o la salud que se tiene. Yo puedo tener tantas cosas, pero luego no encuentro la alegría por un tema familiar, por un tema laboral, por algo de mis hijos. Resulta ser que la hemos perdido.

Cuando perdemos la alegría, perdemos la paz también. Y cuando perdemos la paz perdemos el eje de la vida, el equilibrio. La paz tiene un sustento, hace base en los mandamientos de Dios, en el amor al prójimo, en esa ley de oro. Hace base en Dios, en



nosotros como personas y con los que tenemos que rodearnos. Entonces, cuando perdemos la alegría perdemos la paz. ¿Y ahora cómo trabajamos, cómo servimos a Dios? El próximo paso es que no tenemos ganas de servir a Dios. ¿Alguna vez se levantaron con ganas de no hacer nada? A mí me pasa a menudo, no tenemos ese impulso, ese espíritu para hacer. No sabemos por qué, pero sí sabemos que bien no estamos. A veces no estoy bien y tampoco tengo ganas de hablar, no tengo ganas de sacarlo, de volcarlo. Puedo sentir que no voy a ser comprendido, que el que está frente a mí no va a comprender lo que me pasa, entonces no voy a hablar, me voy a resignar a mi silencio, a mi estado. Y ese estado me lleva a no servir. ¿En casa no sucede? Quizás no queremos preparar algo o predisponernos para algo. Si hay algo que el que vive la fe tiene, es alegría, paz y ganas de hacer cosas, ganas de servir, de ser un testimonio vivo, de mostrar el amor de Dios a todos. Lo quiere mostrar, porque quiere servir a Dios. Es feliz con ello, porque la fe es vida, y la vida es Dios, es Jesús.

Cuando esa vida se incorpora, la vida es plena, Con una fe viva podemos caminar libremente hasta llegar a la consumación, a recibir esas palabras: “sobre poco fuiste fiel, sobre mucho te pondré”.

Si sentimos algunos síntomas así, hablemos con Dios, acerquémonos a Él. Nuevamente: ¿quieres ser sanado? Volvé a trabajar, el trabajo te dignifica, lo hacías tan bien, ¿qué pasó? Hay que vencerlo, no me puedo quedar así tanto tiempo. El Señor se está acercando a ti y te está diciendo: no vayas por esa vía, levántate. Dale, levántate, andá. Yo he vencido todo y puedo vencer esas cadenas que te están atando, que están impidiendo esto. He vencido todo, la muerte, el infierno, el pecado y tú estás al lado mío. Ese espíritu de victoria te lo he dado y ese espíritu te va a transformar, porque la alegría transforma a una persona triste. El servir también transforma a una persona. La paz transforma a una persona herida, dolida. Ese espíritu transformador es el Espíritu Santo que activa del altar y nos dice cómo estamos.

Otro síntoma de parálisis es la falta de perdón, que nos detiene, porque vemos que el error de tal o de cual hacia nosotros fue tan profundo, me defraudó tanto, que cada vez que la memoria va a ese lugar el presente se convierte en un infierno. Solo yo lo conozco y con quien lo comparto. Y cuando estaba esperando el perdón, cuando estaba esperando que la otra persona cambie, no encontré eso, entonces me decepcioné doblemente, no solamente por lo que hizo sino por lo que encontré después de lo que hizo. Entonces es decepción tras decepción, y no decimos nada, seguimos. Treinta y ocho años tal vez. Es el Señor que te dice hoy: ¿quieres ser sanado de esto? Libérate, perdóná, reconciliate conmigo, porque tal vez en un instante, como hizo este hombre, le echo la culpa a Dios o a Jesús de lo que pasó. A veces nos puede suceder, que por un instante pensemos: ¿cómo Dios permitió esto en mi vida, con todo lo que yo hago, con todo lo que yo hice? En lugar de asumir nuestra responsabilidad, como este hombre, decimos: ¡yo no fui, fue el Señor, aquel que me dijo! Entonces es muy necesario que peleemos esta buena batalla de la fe con coraje, con seguridad. Lo que tengo por delante tal vez es gigantesco, pero lo mismo tuvo David y tuvo coraje, salió a pelear y ganó. Cuando tengo una situación delante de mí y la lucho con las armas de Dios, me dejo vestir con las vestiduras de Dios, veo cómo Dios pelea por mí en esa situación simplemente porque me acerqué a Él y me tomé de su mano, entonces ¡cómo no tener coraje de salir a pelear por mi salud física y por mi vida de fe, la cual quiero vivir intensamente y en plenitud! ¡Cómo no voy a nadar contra la corriente, sirviendo a Dios con alegría y dedicándole mi tiempo y mi ofrenda! Claro que sí. Lo hago porque amo a Dios, porque amo mi vida de fe, porque amo mi alma y porque espero el retorno de Cristo.

* * *